

Viaje con Vicente Aleixandre *

“Nadie podrá quitarme el dolorido
sentir.”

Nadie en la tarde, ahora
que desciendo —me conducen— por esta cinta
de la carretera, que llegará sin mí
hasta “donde mis ojos lentos no verán más
el sur”, ese sur del que tú sabes tanto,
y que miro y escucho desde lejos ...

“Desde lejos escucho tu voz que resuena
en este campo ... tu voz o juventud, signo
que siempre oigo.”

Nadie podrá quitarme lo que en mi mirada pusiste
con tan estremecida sorpresa.

Érase un cuento de oro y sin origen,
un junco que se dobla, y se muerde, y de pronto
se siente que sabe a mar amargo el licor nunca
probado en la doliente quebradura.

Era una vez la torre de una garganta, y el lector
una isla que no cantaba todavía ;
mudo asombro que al cambiar con el viento
se frotaba los ojos, despertaba en los ojos donde
el mar golpeaba,

“donde las espumas furiosas amontonan sus rostros

* Los textos contenidos en las páginas 43 a 70 fueron leídos por sus autores en la sesión homenaje a Vicente Aleixandre, celebrada el día 24 de febrero de 1985.

pegados contra el vidrio sin que nada se oiga” ;
 “un rostro en cada ola”, diría Luis Rosales.

Pero este rostro es único.

Y abarca todo el tiempo, y el suspenso fanal
 donde el adolescente yacía
 sin entender del todo aquella prisa de las palabras
 para dar testimonio de un atribulado corazón.

Era un rostro solemne, un mineral de animación
 constante, y que ahora se repite,
 porque con cada muerte se repite la vida,
 como por cada vida hay cien muertes cantando
 su subterráneo acecho,
 y “asoman unas largas lenguas por una ventana
 donde el cristal lo impide”.

Ahora por este cristal del coche en el que viajo,
 tu indecible presencia de entonces
 vuelve como una espada ;
 se despoja de la niebla
 y se acerca a beber en una forma de oquedad, un río
 que ya ha desembocado en su propio esplendor ...
 Sé que nadie me oye, y para nadie hablo,
 pero nadie podrá quitarme el dolorido sentir.
 “Las palabras dejadas o dormidas
 en papeles volantes ¿quién las sabe u olvida?”
 —has preguntado tú en la víspera
 de la consumación—.

Y están aquí, ¿no sabes?, ¿no las oyes tú mismo?
 Están aquí en la tarde, tarde son ellas mismas,
 y viajan a mi lado confortándome.
 Acaso tú escribiste un día —¿cuándo?—
 para que yo pasara tu quartilla
 por este dulce almendro de febrero,
 blanco y rosado como una muchacha
 con que se hace notar la primavera.
 “Los árboles engañan.” “Demasiado
 tarde para decirlo.” ¿Y las muchachas?
 ¿Y el amor que las turba?

¿Engaña todo? ¿La muerte engaña y no
es verdad que has muerto?

Mi desolación súbita se apoya en ese almendro
tan veraz y tan lúcido, tan evidente como generoso,
ocurrencia gratuita de un creador frenético,
corriendo sin designio por los campos.

Blanco y rosa, “mortal y rosa”. Pedro
Salinas. Y, a la zaga, Francisco Umbral, mortaja
con sus siete sentidos capitales.

Mortal y rosa, abejas zumbadoras,
rodeando al pagano candelabro en un templo sin techo,
abriendo carretera hacia ese sur
que no verán mis ojos —Luis Cernuda
dixit—, y que ahora miro por los tuyos.

Llego de un sueño y voy a un sueño. Anoche
vi dos cuerpos tendidos. En el hacha
del leñador, amarillenta de resina,
se mecía un relámpago.

Ya había hecho su estrago la tormenta.

Uno era amigo nuestro, y se llamaba
Vicente, como tú. Y un día, juntos,
entramos en tu casa. Tú tendías
un ala velintonia a quien llegaba.

Otro día quemaron carne y huesos
de su perfil y su osadía de águila.

Tú no pudiste ir. Y él lo sabía.

“No hay ceremonia en este incendio, y tarda”,
nos dijeron. “Más vale que no esperen.”

En silencio nos fuimos, y te lo cuento ahora.

Aquellos de la huida, cuando nos encontramos
—raras veces— al mirarnos ardemos en las llamas
que acabaron con el cuerpo sagrado del poeta ...

Tú eras el otro muerto de mi sueño.

Así lo vi, viviente.

Echado una vez más, definitivo,
eras cristal que a sí mismo se copia,

“la música callada”

ya recordada paulatinamente,
 revés de la medalla o transparencia,
 grandeza ruiseñora en cautiverio,
 residente y arcángel elevado
 en un peldaño diminuto,
 indagación del hielo por las desconocidas soledades,
 abatido varal de la esperanza,
 cañón abandonado entre montañas que enseñan
 en la profunda hoz un luminoso guijarro ...
 Tú lo habías escrito, y se leía en los cerrados ojos
 que nunca volverían a leer:
 “La dignidad del hombre está en su muerte.”

Bracea el sol entre las nubes de la tarde baja,
 y al fin saca su pecho.
 Golpea en los cristales; se abraza a mis rodillas
 y algo quiere decirme. Y no lo entiendo.
 Como un niño que sabe, que conoce, que ha visto
 y que no habla;
 como una niña que te acerca —y no sabe— los pechos
 sin crecer;
 como un dios que ha leído lo que no estaba escrito
 todavía,
 el sol, ensangrentado y último, quiere permanecer,
 temblando y amantísimo, sobre este libro tuyo:

(La destrucción vicente o el amor aleixandre los cuatro vientos
 signo letras de oro sobre el verde cartón ocre en el tiempo y su
 llegada un día crepuscular como éste transmutación de un me-
 diodía nadie podrá quitarme el dolorido sentir allí escondido “en
 secreto, que naide me veía”, entre las tablas de logaritmos de
 Schrön un alma vacilante despertando a otra música a otra ma-
 nera de mirar de estar en las palabras.)

Tu corazón, como una selva desmesurada, avanza;
 es de la noche y va adueñándose de ella,
 “espera, bajo tierra, los imposibles pájaros”.
 Pero ellos están aquí y ahora picotean
 con inusitada obstinación con ancestral denuedo,

en el cristal de esta ventana que pasa ya
 por el verdor plomizo de los pinares de
 Despeñaperros.

Recónditos nidales los esperan. Nos esperan
 miserables tibiezas, y a eso llamamos vida.

Alguien —tú mismo— muere, “y se quedan los pájaros
 cantando”.

Sobrevuelan unánimes los sombríos pinares, los
 órganos de piedra; recogen la última claridad
 y la transportan.

Hay uno que es cabeza rectora, punta de flecha
 en la bandada, y clave en el concierto de lo
 que está trazado contra el tiempo.

Una coronación procesional en la sombra resplandece.
 La corona vocálica, “el yelmo y sus adornos” preceden
 al arquero.

(Con el carcaj repleto te acercabas a mi espectador
 juventud, y yo acogía y aceptaba la destrucción
 —iba aprendiendo— o el amor.)

Ahora paso mi mano por las letras de oro,
 y todavía, y siempre, las yemas de mis dedos
 se enjoyaban con la caricia de la mariposa
 derribada.

Sólo sé dar las gracias desde este coche por
 el hundido cofre, catedral sumergida,
 campana rota, copa llena del vino sacralizado
 y de su coral investidura.

Gracias por este viaje en el que tú acompañas
 mi tristeza sobre la tierra que ya te ampara
 y tú posees.

De pronto no me siento deudor de nada ni de nadie.
 El diamante deshecho en destellos de tu voz,
 las palabras, el verso de multiplicación
 centelleante,

no son tuyos; su música nos pertenece como nos ahoga.
 ¿Quién ha hablado por ti y hace ya tanto tiempo?
 La granada incruenta que estalló en el principio

—tú lo sabes— ahora la oímos. Y la estrella
que nos mira y miramos ya no existe.

Su luz es su memoria. La lágrima llorada
llanto es de todos, y pasó una vez, y se llama

Vicente.

Nadie podrá quitarme —ni el mágico culpable
que eres tú—

el dolorido

sentir.

23 febrero 1985.

José GARCÍA NIETO.